

Ana Hernández Sarriá

Entre azules

la esfera  de los libros

Prefacio

Cuando era pequeña, odiaba que mis padres me hubieran puesto de nombre Federica. Yo quería llamarme Estrella, o Luna. O Pippi Calzaslargas que era la serie que más me hacía soñar. Sí. Cuando era niña soñaba más que otra cosa. Mis aspiraciones eran sencillas, como las de casi todos los niños. Quería tener un caballo dálmata (igual que Pippi) y una casa enorme con miles de ventanas al mar. Recuerdo que presenté mi plan de vida en una redacción que me pidieron en segundo de primaria:

—Si la casa tiene ventanas por todas partes, es imposible que desde todas se vea el océano... Qué bobería decir eso. Todas las casas tienen «parte de atrás».

Esta frase me la dijo Patricia, una niña de mi colegio que parecía haberse empeñado en tirar por la borda todos mis sueños e ilusiones. Recuerdo que esa misma semana, en clase de pintura, dibujé una montaña altísima en medio del océano. En la cima había un castillo enorme, lleno de ventanas. Redondas, cuadradas, rectangulares. Había por todas partes. Un monigote rubio se asomaba por el balcón más grande del castillo. El garbato era algo confuso. Pero yo entendía perfectamente lo que representaba. Era mi casa imposible. Una casa enorme y rodeada de vistas al mar por todas partes.

Es una anécdota simbólica, pero me doy cuenta de que, a partir de ese día, he tenido que dibujar siempre los sueños que otros han intentado tirar por la borda. Con veintitrés años llamé a mi madre y le dije que quería escribir una novela.

—Fede, hija mía, si tú no has leído un libro en tu vida. No digas tonterías, por favor.

Colgué el teléfono y volví a utilizar para mi boceto ese bolígrafo hecho de ilusiones. Y hasta el momento me ha funcionado muy bien. He publicado ya dos novelas, he viajado por el mundo entero e incluso un día abrí un restaurante en el corazón de Madrid. En el último garabato el cielo era azul y la mar turquesa. Y el monigote rubio estaba sentado en una playa paradisíaca escribiendo su tercera novela. Se lo conté a mi gente y me miró de la misma manera que aquella mañana en el colegio, cuando presenté mi dibujo del castillo en la cima de la montaña.

—¿A Maldivas? Pero ¿qué vas a hacer allí? Ya tienes treinta años, estaría bien que te centraras.

Y lo que vais a leer ahora es ese dibujo. Un castillo en la cima del mar. En el mar de las islas Maldivas. Donde me quedé, sin yo saberlo, encerrada durante meses con mi abuela y mi hermana.

Prólogo

Si cierro los ojos puedo trasladarme a esa bahía cristalina cerca de nuestra isla. Si consigo concentrarme bien, el corazón me empieza a latir muy fuerte, igual que cuando empezaba a discernir las aletas entre las olas. Ya estaban aquí. Se acercaban, desde la parte azul más oscura, una manada de cientos de delfines. Primero, los escuchaba debajo del agua, empezaba a nadar más y más fuerte. Cuando los tenía suficientemente cerca, daba el último impulso para sumergirme en el momento exacto que me introduciría de lleno en medio de la manada.

Esa sensación de pura adrenalina, de la más amplia interpretación de la palabra libertad, no se me va a olvidar jamás. Esquivaba sus colas mientras la mayoría de ellos me miraban. Y algunos, coquetos, saltaban a mi lado, juguetones, siempre dejándome claro que los reyes del mar eran ellos. Que podía jugar un rato, sí, pero que en cuanto quisieran, desaparecerían, dejándome sola de nuevo en medio de ese azul, ahora más claro, océano infinito. El mar es la única certeza que tenemos de que el hombre es muy pequeño. Nadie se va a sentir nunca grande y poderoso en medio del mar.

1

«Cuando estalló la Guerra Civil
yo tenía siete años y entonces no podía comprender
toda la tragedia que cayó sobre nosotros».

Madrid, 2 de agosto de 2008

A petición de mi nieta pequeña, Federica, voy a intentar plasmar en estas páginas los recuerdos de los días más importantes de mi vida. Porque siempre que estamos juntas me dice: «Abuela, abuela, cuéntame cosas de ti. De cuando eras joven, que me gusta mucho escucharte. Las cosas eran muy distintas, ¿verdad?».

¡Y qué razón tenía! Pues bien, nací en Madrid el 2 de febrero de 1929, en el seno de una familia acomodada. Tuve suerte al principio, porque fui una niña muy deseada y querida por mis padres. Aunque querían que fuéramos una familia numerosa, detrás de mí hubo dos abortos, por lo tanto, me convertí en hija única. Me pusieron de nombre Clotilde, como mi abuela materna, a la que perdí cuando tenía seis años. La recuerdo como una buena señora llena de bondad y dulzura que repartía entre

todos. Sin embargo, la historia que más les gusta a mis nietos es la de mi padre. Así que le voy a dedicar a él el primer capítulo de mis memorias.

A los siete años le perdí al estallar la Guerra Civil. No fue físicamente, no. Físicamente murió cuando yo tenía catorce años. Pero sí le perdí como figura paterna cariñosa e ilusionada. Le raptaron y le torturaron durante días. Lo devolvieron a casa medio loco. Nunca más pude tener una conversación normal con él.

Mi padre era el director gerente de una empresa alemana que estaba especializada en aparatos de precisión para barcos y aviones. Era un hombre muy culto y afectuoso. Hablaba francés y alemán perfectamente. Tenía total autoridad para hacer y deshacer lo que quisiese. Los alemanes le respetaban, era el único español de la empresa. Divertido y amable, al llegar a casa me colmaba de regalos y cariños. Me enseñaba muchas cosas. Me encantaba pasar tiempo con él.

La Guerra Civil española tuvo múltiples facetas. No fue solamente un conflicto bélico brutal. Incluyó lucha de clases, guerra de religión, enfrentamiento de nacionalismos opuestos, lucha entre dictadura militar y democracia republicana, entre revolución y contrarrevolución, entre fascismo y comunismo. Cuando los alemanes de la empresa de mi padre percibieron todo lo que se avecinaba, abandonaron el país dejando a mi progenitor a cargo de toda la responsabilidad. Todo el peso de la compañía cayó sobre él. Recuerdo verle trabajando a todas horas. Aun con el estrés que tenía, me hacía bromas e intentaba pasar tiempo conmigo. Recuerdo su sonrisa y sus bromas. Y las carantoñas que le hacía a mi madre. Son imágenes que me hacen sentir muy afortunada.

También recuerdo que estaba muy bien relacionado. Entre sus amistades, por ejemplo, se encontraba el cónsul de Chile. Este puso a nuestra casa y familia bajo la protección del consulado en vista de cómo se estaba poniendo la situación del país.

Teníamos hasta una placa en la puerta de la entrada que decía algo así como: «Bajo protección del gobierno».

La sede del consulado estaba en la calle Marqués de Riscal de Madrid, en el palacete que hace esquina con la Castellana y que hoy en día todavía existe. Tengo un vago recuerdo de los días que pasé allí con otras personas refugiadas. Creo que fue desde el mes de julio de 1935 hasta la Navidad de ese mismo año. Mis ideas no son muy claras, solo recuerdo que mi padre ayudaba a sacar de la cárcel a monjas y sacerdotes. Intentaba que no los matasen y los trasladaba a «la zona nacional».

Días antes de la Navidad de 1936, mi padre estuvo desaparecido durante más de cuarenta y ocho horas. Recuerdo los llantos de mi madre, que terminó acudiendo desesperada a pedir ayuda a nuestro amigo el cónsul. Aquel hombre nos acompañó a buscarle durante horas por comisarías, cárceles y hospitales, hasta que dimos con él en una de las checas más sanguinarias de Madrid. Estaba en los sótanos donde actualmente se encuentra el Cuartel General de la Armada. Mis nietos no deben de saber ni lo que es una checa. Eran prisiones ilegales que aparecieron por la ciudad. Allí torturaban a personas y hacían cosas terribles que hoy en día resultan inimaginables. Cuando se lo cuento a mi nieta me dice que ha visto cosas parecidas en una serie de televisión que se llama «Las chicas del cable». No creo que nunca, ni una serie ni una novela, pueda representar a la perfección la crueldad que se vivió en aquellos lugares. Eran habitaciones del terror. Y no quiero imaginarme lo que vivió allí mi propio padre. Se me ponen los pelos de punta solo de pensarlo.

(Hago un descanso).

Cuando le vimos por primera vez, ya había perdido la razón. Le habían torturado de tal manera que los dedos de los pies se habían convertido en una masa de músculos y heridas. Ni siquiera podía caminar. Recuerdo que los bolsillos de su abrigo estaban llenos de su propia sangre cuajada después de los golpes

recibidos en la cabeza. Tenía los ojos fuera de sus órbitas. Era la viva imagen del desastre. Son fotografías mentales que me siguen doliendo cada día. Pase el tiempo que pase, sé que jamás olvidaré su mirada ni su voz cambiadas.

Venía cantando, como contento, absolutamente fuera de sí. Acababa de llevar a los militares al sitio donde guardaba el material de su empresa y se lo había entregado todo para que lo utilizaran en la guerra. Supongo que sería consciente de que iban a dejar de torturarlo... Nunca lo sabré. No pude volver a tener una conversación normal con él.

Nunca hemos sabido detalles de su detención. Su cabeza ya no regía y nunca supo explicarnos nada.

A partir de entonces, mi vida fue un absoluto disparate. Pero hoy estoy muy cansada. Prefiero seguir escribiendo otro día.

Hoy es 19 de marzo de 2020. Día del Padre en España. Llegamos ya una semana y media atrapados en Maafushi, esta isla de las Maldivas donde jamás pensé que me quedaría tantos meses encerrada.

El gobierno maldivo prohibió el 8 de marzo el tráfico de turistas entre las islas hasta comprobar que no había más casos de coronavirus. Por ahora, solamente han encontrado doce en el archipiélago y están todos aislados en un *resort*. Las medidas de seguridad son estrictas y sencillas: con visado de turista, solamente puedes coger un barco directo al aeropuerto, demostrando antes de subirte que tienes un billete con destino a tu país de origen. Si no tienes billete, no te puedes mover de tu isla. ¿Cuál está siendo el problema? Que todos los vuelos se están cancelando. ¡No sale ni uno! Aún peor, si llegas a Male (la capital y aeropuerto) y te anulan el vuelo, no hay posibilidad de que vuelvas a tu isla. Te quedas allí tirado.

Hay veces que no te cancelan el primer vuelo, pero llegas a tu escala, por ejemplo en Doha, y al tener pasaporte español te ponen en cuarentena catorce días. Tienes que pagarte absolutamente todo en esos países. Y no tienen pinta de ser muy baratos. No os imagináis la cantidad de noticias que nos llegan de

españoles que se han quedado tirados en Abu Dabi, Dubái, incluso en Roma. En muy pocos casos llegan a Madrid. Las crónicas son desoladoras. Nadie quiere arriesgarse y pagar ahora esos billetes de precios desorbitados que no están apoyados por la embajada. Necesitamos que nos aseguren que llegaremos a nuestro destino. El gobierno nos dice que, por ahora, no puede ayudarnos. Están primero repatriando a españoles en países en alerta como Tailandia, Perú o Chile. Allí hay miles de casos de contagios y están en unas condiciones sanitarias pésimas. Nos piden que seamos pacientes. Parece que nos vamos a quedar retenidos mucho tiempo.

Por suerte, todas las especulaciones sobre la alimentación en la isla eran falsas. Todavía tenemos agua potable y comida en las tiendas. Y, además, casi todos los días hacemos excursiones para pescar pulpos y atunes, y hacer barbacoas por la noche. La verdad, soy bastante positiva, me siento más en forma que nunca. Llevo sin beber alcohol ya dos meses. Buceo cuatro o cinco horas diarias y me alimento de productos orgánicos y saludables. Me acuerdo especialmente de mi padre en estos días porque siempre ha sido un hombre de comer sano. Le gusta mucho la fruta y la verdura. Y el mar. Él podría perfectamente sobrevivir aquí. Con sus sudokus y el ruido de las olas de fondo. No tiene ni la menor idea de cuánto le echo de menos y de cómo me gustaría que estuviera conmigo.

Le llamo por teléfono para felicitarle. Esta aventura es como estar en el programa *Supervivientes*, pero con Instagram, móvil e internet. Mi madre lo coge enseguida:

—Pásame a papá.

—Espera que está en su despacho, le busco. Pedro, te llama la niña.

Escucho su voz, sé que me va a regañar. Siempre lo hace. Le quiero por eso. Lo coge.

—¿No me digas que me has hecho levantarme solo para felicitarme, Federica? Qué tontería, de verdad. Bueno, ¿cómo estás?

—Yo bien, ¿y tú?

—Pues ya sabes, aburrido. No hay quien aguante a tu madre.

Mi madre se ríe de fondo. Les echo muchísimo de menos. Le cuento que esta mañana, después de pescar un atún para alimentarnos, he buceado en un barco hundido. Había miles de morenas en las profundidades. Es un animal que no me gusta y me asusta. Me escucha con atención y me dice que va a buscar en internet si son peligrosas. Hablamos un rato y colgamos.

Imaginármelo en su ordenador viejo, con sus manos arrugadas buscando información sobre las morenas me enternece tanto que consigue sacarme una sonrisa. Miro el horizonte. Ahí está el mar. Sorprendiéndome cada día con nuevos azules. Cristalinos, turquesas, verdes y marinos. Me quedo un rato observando para ver qué aparece en la superficie. Con suerte alguna aleta de tiburones bebés o las rayas. Desde que no hay casi turistas en la playa, el agua está más cristalina y hay más animales que nunca.

Mohamed se acerca por la bahía. Es el dueño de la empresa de excursiones donde trabajo: Shadow Palm. Solo tiene veintiséis años, pero ha conseguido montar él solo este pequeño imperio en la isla. Es el mejor sitio de expediciones de *snorkel* de Maafushi. La gente se pelea por encontrar un hueco en nuestros barcos. Bueno, más bien, la gente se peleaba. Ahora ya no hay ni medio turista.

Se sienta conmigo y me pregunta cómo está mi familia. Lleva una camiseta *surfera* de Quicksilver en morados que resalta sus ojos verdes. El escenario turquesa del fondo destaca aún más el color canela de su piel. Tiene una sonrisa amplia y muy blanca. Me hace gracia observar lo presumido que es. Con su pelo afro rizado perfecto, muy bien colocado. Su tez cuidada a la perfección con aceites de coco.

Siempre va impecable y huele muy, muy bien. Comentamos enseguida cómo echamos de menos las excursiones. Bucear con mantas todos los días. Perseguir a los delfines y las tortugas.

Dar de comer a los tiburones nodriza. Les alimentábamos para que vinieran en manadas a nuestros barcos. Así podíamos sacar mil fotos a los turistas con ellos. Los animales estaban acostumbrados a nutrirse todos los días. (Ya sé que no está bien, pero lo hacían así ellos y yo..., ¿qué le voy a hacer? Las pocas veces que les había preguntado si era ético hacer esto, me habían mirado como si estuviera loca. Incluso un día me preguntaron que cómo les hablaba yo de ética cuando en mi país nos divertíamos matando toros y dejábamos a los cerdos desangrándose para conseguir jamón. No sé...).

—Moji, ¿crees que después de todo esto, cuando volvamos a hacer excursiones, se habrán ido? A este paso, parece que vamos a estar mucho tiempo sin darles de comer. Quizás seis meses. O incluso más.

—No lo sé, la verdad. Son animales. Puede ser.

Me sonríe. Si algo he aprendido de las mentes caribeñas es que no se agobian por casi nada. Me dice que si no hay tiburones, inventarán otra cosa. El mar es enorme y las posibilidades que nos ofrece, infinitas. «Algo encontraremos». Hablamos un rato y me invita a que nos vayamos juntos a la bahía a hacer *snorkel*. Acepto encantada. Me meto sin pensármelo dos veces en el agua. Me encanta nadar a solas con él. Mohamed ha crecido en el mar. Conoce perfectamente los escondites de las criaturas. Tiene nadando la misma soltura que los peces. Baja a las profundidades, incluso más de quince metros, como si nada. ¡Cualquier día le van a salir escamas!

Se va asomando a las rocas para ver si descubre langostas azules, morenas amarillas o peces globo. A los últimos, los coge con la mano y los sube a la superficie con destreza para que los vea. Se hinchan y parece que están a punto de explotar. Son cosas ilegales que solo hace cuando estamos solos. Aunque sé que está mal, me gusta muchísimo salir a bucear con él.

Mientras le sigo en el azul infinito, recuerdo los primeros baños a mi llegada y cómo me costaba mucho esfuerzo per-

seguirle. Poco a poco, le he ido cogiendo el truco a las aletas. Ya bajo doce metros en apnea y eso me permite ver los pulpos en las rocas, observar bien las rayas y aguantar la respiración mucho más tiempo con los delfines. Lo que estoy viendo en el agua no se me va a olvidar en la vida. Se lo agradeceré siempre a mi Moji, que no solo me ha dado la oportunidad de venir aquí, si no que me ha enseñado con paciencia todo lo que ahora sé sobre el mar.

Salimos del agua con las manos arrugadas después de tres horas de expedición. Hemos visto tortugas, una manada de calamares de color morado, dos morenas, tiburones de punta negra y peces globo. ¡Ha sido un día de suerte! Me dice que me quede en la orilla, que va a traer un par de cocos y así podemos quedarnos a ver el atardecer. Mientras le espero, me doy cuenta de cómo han cambiado las cosas en la última semana. Hace solamente unos días habían venido a visitarme José y Elena, dos excompañeros de mi trabajo que disfrutaron mucho de cinco días junto al mar. Todavía no teníamos ni idea de la que nos caería encima. Leíamos las noticias impresionados. Comentábamos con desinformación lo que estaba pasando en Italia y en China. Que seguro que no era para tanto. Que menudos exagerados eran los periódicos. Que la prensa miente. ¿Cómo iban a cerrar las fronteras? ¡Menudo disparate!

Recuerdo con nostalgia una tarde tomándonos un helado en la que incluso sacamos conclusiones conspiratorias sobre cómo había sido Estados Unidos el que había montado todo esto. Claro, querían cargarse a China, potencia mundial, y lanzaron un virus que se les fue de las manos. Nos reíamos y bromeábamos de lo listos que éramos. Después, paseábamos por la calle principal de la isla. Todo estaba abierto. Miles de turistas en las terrazas y en las playas. Los restaurantes a rebotar, las tiendas, los hoteles, las excursiones llenas... La música ambiente que formaban los niños correteando, el sonido de las motos, las lanchas en la playa y las olas ajetreadas del mar. Ahora, escucho

solo silencio mezclado con el graznido de los cuervos y el zarrandeo de las palmeras. El mar está más calmado que nunca. Es una sensación de paz y de cierta seguridad mientras el mundo se desvanece. ¿Podré volver pronto a casa?

Me gustaría mucho acompañar a mi hermana Marina en su nueva aventura. Empezó hace unos meses el proceso de fecundación *in vitro*. Está siendo un camino lleno de dudas, incertidumbre y muchos cambios, pero nunca la había visto con tanta esperanza. Estoy segura de que lo va a conseguir y sé que va a ser la mejor madre del mundo.

Nos llevamos nueve años. Acaba de cumplir cuarenta. Todos los recuerdos de mi infancia son con ella: cuando me vestía para ir al colegio, cómo me ayudaba con los deberes, cómo me bañaba y me daba de cenar. Fui su juguete favorito siempre. Ella, mi referente. Salía con sus amigas y yo la espía mientras se arreglaba. Después, me probaba su ropa, sus vestidos, intentaba maquillarme como ella, vestir como ella, hablar como ella, escribir con su letra. Durante toda mi infancia quise parecerme siempre a ella. Me gustaba hasta su voz. Entonces un día me hice mayor. Empecé a vestir diferente, a pensar diferente, incluso me gustaban cosas distintas a las que le habían gustado a ella. Y contra todo pronóstico, nos hicimos más amigas que nunca. Ser tan diferentes nos unió. Comenzamos a hacer viajes juntas. Primero me llevó ella a Tailandia, a Cuba, a Nueva York. En aquellas huidas me di cuenta de que mi hermana era aún más impresionante de lo que creía. Y que no habría nada más poderoso en el universo que ella cuando volviera a confiar en sí misma.

—Federica, tu coco. ¿En qué piensas? ¡Estás en las nubes! Mira. ¡Ahí están todos los delfines! —Moji me los señala en el horizonte con el atardecer detrás. Hoy es morado y las nubes se tiñen de rosa fucsia y anaranjados.

En este, mi primer capítulo del libro, no imaginaba que aún me quedaban seis meses en la isla. Que descubriría muy pron-

to un orfanato abandonado y un Mohamed misterioso y desconocido. En este atardecer anaranjado no tenía ni idea de que una serie de catastróficos sucesos iban a cambiar completamente el rumbo de mi vida y, por lo tanto, la trama de mi tercera novela.